

En Memoria de Arturo Warman

Elena Azaola Garrido

Tuve el privilegio de conocer a Arturo en un año emblemático: 1968. Él era director de la carrera de antropología en la Universidad Iberoamericana y yo fui a rogarle que me admitiera, justamente en el mes de octubre; pues las clases ya habían comenzado. La verdad es que no tuve que rogarle tanto porque amablemente autorizó mi ingreso, condicionado a mi desempeño. Intenté no defraudarlo, pero la verdad es que yo sólo estaba de paso, pues mi intención era ingresar a la carrera de pedagogía (no sé por qué, pues la docencia siempre me ha dado un poco de pánico) y, mientras la UNAM regresaba a clases, quise pasar un rato por la antropología. De más está decir que ese “rato” se convirtió en, ya casi, ¡50 años!, y que persistí hasta alcanzar el doctorado en la misma disciplina; a pesar de que Arturo tuvo dudas de si mi propuesta de tesis doctoral, (el estudio de una institución “correccional”), fuera realmente un tema de interés para la antropología. Creo que, más tarde, como la persona buena, abierta y talentosa que siempre fue, terminó por aceptar mi interés por las instituciones de encierro o bien por admitir que no todos seguiríamos su preferencia por los campesinos. Arturo había dejado ya una huella imborrable en todos los que compartimos sus ense-

ñanzas del trabajo de campo en el estado de Morelos, enseñanzas que resultaban tan útiles para estudiar los ejidos como para zambullirse en las prisiones.

Recuerdo a Arturo de muchas maneras, pero, sobre todo, por su risa y su mirada traviesa cuando le tocaba a alguien exponer algún trabajo y por sus comentarios, siempre tan ingeniosos como brillantes, que, a pesar de que destrozaran nuestro trabajo, tenían la particularidad de hacernos sentir satisfechos por el aprendizaje.

Gracias Arturo,
¡te seguimos extrañando!